

La obra de Sabino Springett constituye un imaginario ineludible en la plástica contemporánea peruana; todos poseemos en la memoria fragmentos de su obra y algunos también del propio Sabino... Al margen de su verdadero nombre¹ o datos míticos y no necesariamente ciertos acerca de su origen como artista, estamos ante una realidad contundente y material que trasciende cualquier anécdota, leyenda e incluso a la muerte misma: su obra. Ésta constituye una poética muy interesante sin duda, un valioso patrimonio artístico, y además una enseñanza de la cual podemos extraer su entrega sincera a todo lo que afrontó en la vida: la pintura por supuesto y al Perú mismo.

Algo que siempre llamó la atención en él, aparte de su modestia, fue su inquietud por una constante indagación, siempre se hallaba dispuesto a lanzarse hacia nuevas búsquedas, nuevos territorios; podría decirse que esta característica fue su bandera. Contrariamente a lo que sucede con numerosos artistas que al obtener reconocimiento, se repiten a sí mismos, lo que hace que sus propuestas se desgasten y pierdan sentido con el paso del tiempo. Tan sólo esta actitud creadora haría valedera una propuesta artística que no se limita a ser un gesto ante una situación específica. En el caso de Springett, encontramos mucho más, hablamos de una gesta, de una construcción poética.

Springett asumió el compromiso que implica toda actitud creadora y permaneció fiel a ella; constantemente realizó un trabajo de introspección, una indagación interior, y expresó en las obras aquello que le era necesario o útil a sí mismo. Recordemos lo escrito por Garibaldi a propósito de una muestra titulada *Costa Norte* en la galería de arte Sol: "Las obras que nos ofrece Springett son auténticas en cuanto son genuinas fábulas fermentadas por su fantasía [...] La singularidad de Springett se basa en que todos los caminos que recorre son propios"².

Él no perteneció a un ismo porque así lo decidió, él prefirió beber de su propia herencia cultural; en una permanente actitud reflexiva, y no simplemente tomando prestados algunos conceptos o estilos. Esta característica, aunada a un magnífico dominio del oficio, es lo que sostiene un mundo pictórico construido con gran talento.

¹ Estuve revisando Internet en agosto del 2007 para ver qué había sobre Sabino y descubrí que se dice que su verdadero nombre fue Sabino Canales Casares, aunque en realidad fue Sabino Canales Springett.

² Garibaldi, Fernando, "Sabino Springett", en: *El Comercio*, Lima, 5 de noviembre de 1978, p.2.

Springett reflexionaba mucho sobre su quehacer plástico, él se consideraba un pintor antiguo porque sentía un respeto singular por los materiales con los que trabajaba, el conocerlos a cabalidad le permitía explotarlos al máximo. Este aspecto entraña una profundidad velada, ya que su relación con la materia –la base de su quehacer artístico– era primordial. Se trataba de una búsqueda personal incesante, pues él mismo preparaba sus colores y telas, experimentando con ellos hasta en el más mínimo detalle.

Así mismo, para él era fundamental tener raíces, conocer y estudiar el pasado era parte de eso. También consideró sustancial tener una capacidad de asombro y sensibilidad como los hombres que crearon las pinturas rupestres. Frente a ello, Springett se consideraba un pintor moderno porque le gustaba aprehender del entorno inmediato; él manifestaba que “lo moderno es rico en motivaciones”³.

Trayectoria

Springett experimentó de forma magistral gran diversidad de técnicas, temáticas y corrientes plásticas. Estos cambios obedecieron a un afán de búsqueda cuyos resultados se vieron reflejados en una etapa de madurez artística que acontece a partir de la década del setenta. Sin embargo, Springett mantuvo desde sus inicios algunas constantes, como la preocupación por el hombre y el paisaje. Para él, el nexos con la naturaleza fue vital, incluso en su etapa abstracta. El contacto con la realidad, su conocimiento, y el encuentro con su propia identidad fueron el punto de partida para la creación.

Nos encontramos ante un artista formado justo entre el mundo de la exquisitez técnica y el interés por lo autóctono. Springett parte de una rigurosa formación técnica bajo la tutela de Daniel Hernández y las enseñanzas efervescentes de José Sabogal⁴, quien impulsaba a los jóvenes alumnos a observar al peruano de a pie y “no tanto las barbas de Moisés”⁵ (en alusión a las copias de esculturas clásicas que los alumnos de Bellas Artes se dedicaban a dibujar como práctica). Ahora podemos apreciar que ambas enseñanzas calaron profundamente en el joven Springett, o tal vez encontró en ellas algo de sí mismo. Tanto la maestría en el oficio como un interés –o más bien necesidad– por plasmar aspectos de nuestra realidad, son dos características que lo acompañaron siempre, pero evidentemente, hecho esto muy a su aire y estilo y no a la manera de sus maestros.

Springett ha dejado una huella importante en las áreas en las que incursionó, como el mural y el diseño gráfico. Ambas de gran importancia y que tuvieron un mayor desarrollo durante las primeras décadas de su vida artística. Sobre su labor como muralista, podemos reseñar que realizó murales en la ciudad de Lima entre los años 1935 y 1985, aunque desarrolló esta actividad principalmente hasta 1957. Springett tuvo también una fructífera labor en el campo de las artes gráficas entre las décadas de 1930 y 1950. Tal vez uno de sus trabajos más conocidos sea la carátula de *El artista y la Época* de José Carlos Mariátegui. Se hace imprescindible además mencionar su labor docente, fue maestro en la escuela de Bellas Artes de 1946 a 1974.

³ De la entrevista para la novela *La Galería* de Borka Satler, 1990.

⁴ Springett estudió en Bellas Artes durante los años 1929 a 1934. Daniel Hernández fue director hasta 1932, fecha en la que asume dicho cargo José Sabogal.

⁵ Springett, Sabino, “Revolución en Bellas Artes. Sabogal: testigo de su tiempo”, en: *El Comercio*, Lima 6 de marzo de 1988, sección C.

Durante las décadas de 1950 y 1960, realizó obra abstracta. Según sus propias declaraciones, el paisaje lo llevó a la abstracción; utiliza su experiencia copiando del natural como excusa para ensayar más específicamente relaciones cromáticas y de composición. Springett fue un magnífico colorista desde el inicio de su carrera, esta cualidad la podemos observar en sus témperas y posteriormente en sus obras al óleo y acrílico; su obra abstracta no se halló exenta de su talento y maestría en el oficio.

Poética

En la década del setenta encontramos al artista definitivamente volcado a la figuración e intensamente interesado en un grupo de temas relacionados a la costa. Durante esta etapa lo vemos trabajando principalmente los siguientes temas: Paisaje, casi con exclusividad el de la Costa, obras en las que los protagonistas son el desierto, el mar y personajes; Mamachas, personajes femeninos; y otros como sembríos de *marygold* y mercados. Cabe resaltar que las dos temáticas que lo caracterizan, las Mamachas y el paisaje de la Costa, son relevantes como aporte para la generación de imágenes a partir de las cuales podemos reconstruir una noción parcial de identidad.

El tema de las Mamachas está conformado por un universo de mujeres jóvenes de rostros dulces, en ocasiones llevan por nombre *Niñachas* o *Señorachas*. La persistencia de Springett en pintarlas ha logrado, a despecho de sus posibles intenciones, configurar una imagen de la figura femenina cuya presencia en nuestro ámbito cultural es familiarmente grata. Sensación a partir de la cual podemos proyectar uno de los aspectos de nuestra fragmentada identidad.

Cabe señalar que el desarrollo del tema de la Costa tiene un largo proceso que empieza casi con el inicio de Springett como pintor, a diferencia de las Mamachas, que son mucho más recientes. Ya en 1953, nuestro artista expresaba muy convincentemente el paisaje costeño, según lo manifiesta la crítica de la época, valiéndose de un excelente dominio de la técnica para representar la vida que transcurre al borde del mar. Durante dicho año, Springett realizó su primera individual en la ciudad de Lima; se exhibieron 24 paisajes, de los cuales 22 eran de la Costa norte de nuestro país. En los trabajos de esa época, podemos apreciar que el paisaje ha sido interiorizado por el pintor; desde entonces Springett se dedica a crear un imaginario capaz de evocar con verosimilitud los delicados contornos de nuestro litoral.

En la década del setenta, encontramos a un Springett que nos ofrece representaciones de esta zona del país muy diferentes a aquellas exquisitas témperas de caletas norteñas que hiciera dos décadas atrás. Al situarnos frente a un cuadro figurativo, muchas veces creemos ver personas, animales o paisajes según lo que esté representado en la obra; sin embargo, lo que vemos es un universo imaginado por el artista, al cual nos es permitido acceder a través de cada pintura.

A partir de esos años este artífice creó un mundo habitado por figuras humanas y peces, en el que los elementos plásticos como composición, luz y color son utilizados sabiamente para evidenciar la aplastante inmensidad del mar, del desierto y sus caletas.

Observamos que las representaciones que hiciera de la figura humana y paisajes no son meros retratos o descripciones; las imágenes resultantes son una síntesis y puede afirmarse

que son íconos por su relación de parecido con el referente. La recurrencia al tema de la Costa llevó a Springett hacia la construcción de un imaginario personal del paisaje costeño que, a partir de su vuelta total a la figuración (fines de los 60 y principios de los 70), se torna eje de toda su producción. Lo cierto es que en esta etapa se resume su amplio conocimiento de nuestro país y su vasta experiencia en las diversas técnicas de la pintura, del grabado, y especialmente del dibujo.

Es necesario considerar a Sabino Springett no sólo como el pintor de Mamachas, sino como un hombre que aportó en los diferentes campos de las artes plásticas, como en el mural y en el diseño gráfico, sin olvidar su labor docente forjando varias generaciones de artistas. Pero quizás lo más pertinente es resaltar la importancia de haber elegido el paisaje costeño como tema de desarrollo, convirtiéndose ello en algo fundamental para una búsqueda plástica y personal de identidad con el medio; constituyéndose en un punto de partida vital al hacer de un tema no andino⁶, un pilar para la construcción de un imaginario correspondiente con su referente. La persistencia en trabajar este tema y la construcción de una poética a partir de él, constituyen a no dudarlo un legado altamente significativo que merece un lugar especial en la historia de la plástica nacional.

⁶ Se debe tener en cuenta que el pintor empieza su vida artística en 1934, cuando el indigenismo se encontraba en auge y otros aspectos de nuestra identidad, como el paisaje costeño y aún el selvático, eran poco frecuentados por los artistas plásticos de esos tiempos y no constituían temas sobre los que se volcase la mirada de la mayor parte del público y de la discusión plástica de la época.